

A DON PABLO¹

En la pequeña comunidad autónoma de Juan Diego, en Chiapas, un hombre de 84 años de edad escucha pacientemente una avalancha de intervenciones y arengas de activistas mucho más jóvenes que él. Es el 27 de agosto de 2006. Ese hombre es Pablo González Casanova, antiguo rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es uno más en la lista de asistentes a la reunión de *la otra campaña* convocada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Cuando le toca su turno para hablar, toma exactamente el mismo tiempo que todos los otros oradores. Ni un minuto más.

Esto es una cosa nueva —dice—. Una reunión política donde en vez de decirles qué deben hacer, les preguntan qué están haciendo. Esta es la maravillosa lucha por la dignidad, la autonomía, que plantea toda una fuerza física.

Al terminar, los asistentes lo ovacionan.

Tres años atrás, el 1º de mayo de 2003, en la Plaza de la Revolución de La Habana, Cuba, frente a un millón de personas, también pronunció un discurso. “Defender a Cuba diciendo la

¹ Texto extraído de Luis Hernández Navarro, “A don Pablo”, en *Sentido contrario*, México, La Jornada, 2007. FALTAN PÁGINAS

verdad de Cuba es muy importante para el mundo entero”, afirmó. Eran tiempos difíciles y controvertidos, de disenso con los métodos de la Revolución por parte de escritores que, como el Nobel José Saramago, la habían apoyado. Pero él insistió:

Los trabajadores e intelectuales del mundo debemos poner un alto en la prensa, la televisión, la radio, los medios educativos y culturales a la campaña contra Cuba, que no es sólo contra esta pequeña isla, sino contra la humanidad.

Los aplausos de la multitud no se hicieron esperar.

La rebelión zapatista en Chiapas, la Revolución Cubana y la producción intelectual son las grandes pasiones de Pablo González Casanova. A ellas ha servido como intelectual público. En ellas ha invertido su capital político, su pensamiento crítico y su vocación transformadora.

LA DEMOCRACIA EN MÉXICO

El 7 de diciembre de 2006 se cumplieron 40 años de la aparición de *La democracia en México*, de Pablo González Casanova. Con sus más de 30 reediciones, el libro es un clásico de las ciencias sociales en México.

El trabajo, que según su autor no es “ni apologetico ni escéptico”, es referencia indispensable para académicos y políticos. En una polémica con él, Octavio Paz dijo que el autor es un hombre eminente y su libro es una contribución fundamental al estudio de nuestra realidad contemporánea.

La democracia en México inaugura líneas de investigación y reflexión sobre la realidad nacional vigentes hoy en día, y establece un momento clave en el desarrollo de la sociología: el de la plena madurez de las ciencias sociales en México y el fin de los monopolios de los estudios extranjeros sobre el país. Ubica, en la mejor tradición del pensamiento crítico, los grandes problemas nacionales. Ofrece una mirada de conjunto del desarrollo nacio-

nal y sus instituciones. Anticipa, además, la explosión popular que se produjo tres años después, en 1968.

La tesis central del libro establece que el problema capital de la nación —a pesar del crecimiento económico y la estabilidad política existentes en el momento de su publicación— es el de la ausencia de democracia, y junto a ella el de las demandas no cumplidas de justicia social y la pérdida de soberanía. Alejado de una concepción formal de la *democracia*, considera que ésta “se mide por la participación del pueblo en el ingreso, en la cultura y el poder, y todo lo demás es folclor democrático o retórica”. A pesar del tiempo transcurrido, ambos puntos de vista siguen siendo parte de la agenda política nacional.

Cuando el libro se publicó por primera ocasión, el mundo vivía en la Guerra Fría y México en el desarrollo estabilizador. El PRI dominaba absolutamente la escena política nacional, y en América Latina se sentía la influencia de la Revolución Cubana. Los movimientos por la independencia y la democracia sindical entre ferrocarrileros, maestros y petroleros habían sido aplastados cuatro años atrás, y el dirigente Rubén Jaramillo, asesinado. La economía crecía de manera sostenida y era común encontrar cierto optimismo en el progreso.

Pero, más allá de ser el autor de *La democracia en México*, González Casanova es una de las figuras intelectuales más reconocidas de la nueva izquierda que comienza a nacer en América Latina. Esta nueva izquierda es una fuerza política alejada por igual de la socialdemocracia tradicional y del liberalismo social; una corriente forjada al calor de la movilización popular, que lo mismo ha tirado presidentes que frenado privatizaciones.

Esa nueva izquierda orienta su acción sobre la base de un pensamiento fuerte, que no renuncia a llamar a las cosas por su nombre ni a proclamar que lucha por la emancipación social. Las luchas de los pueblos indígenas por su reconocimiento y autonomía, las protestas de los desempleados, las tomas de predios de los campesinos sin tierra, forman parte de ella. Y este pensamiento tiene en González Casanova uno de sus baluartes principales.

Impulsor de iniciativas como la Red Internacional en Defensa de la Humanidad, el grupo Paz con Democracia y la Promotora Nacional contra el Neoliberalismo, González Casanova es también un prolífico analista político de la realidad nacional y del mundo.

Cartógrafo de la política nacional y de las transformaciones planetarias, sus ensayos *Neoliberalismo de guerra y pensamiento crítico*, *México en crisis: ¿qué hacer?*, *Tres alternativas en una*, *Los zapatismos del siglo XXI*, son muestra de su capacidad para dibujar mapas y rutas en una época de zozobra y grandes convulsiones.

Integrante de la extinta Comisión Nacional de Intermediación (Conai) en Chiapas, adherente de *la otra campaña*, tiene en pensadores como Immanuel Wallerstein y Samir Amin sus pares en el campo del altermundismo. No obstante su enorme peso intelectual, González Casanova ha desarrollado una extraordinaria capacidad para escuchar con sencillez y paciencia a los ciudadanos de a pie. Y, al revés, ha logrado algo de lo que muy pocos intelectuales pueden jactarse: hablar a una abigarrada masa de dirigentes sociales y políticos pertenecientes a las más diversas organizaciones, y lograr que lo escuchen en silencio y con interés genuino.

Ex rector universitario, don Pablo renunció a la dirección del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias y Humanidades (CIIH) de la UNAM, como reclamo por el uso de la fuerza pública para “solucionar” el conflicto universitario de 1999. El gesto no ha sido olvidado por una generación de estudiantes que siente más simpatías por *Matrix* que por Marx, y que se encuentra más cerca musicalmente de la línea de *Huaraches de ante azul* que de la de *Folclorito venceremos*. Una generación que lo reconoce y respeta.

A 40 años de distancia, *La democracia en México* sigue siendo un libro de enorme actualidad, y su autor una figura imprescindible.

EL ESCOLAR REBELDE

Pablo González Casanova nació el 11 de febrero de 1922 en la ciudad de Toluca, en el seno de una familia de hacendados. Como sucede con algunos intelectuales y científicos que en vida adulta tienen una producción académica sobresaliente, don Pablo repeló del sistema escolar mientras fue niño.

Me daba mucha flojera ir a la escuela —narra—. Después con Foucault y otros me di cuenta de que tenía razón. Mi padre me dijo un día que si quería no siguiera yo estudiando, que trabajara en un oficio. Ya había hablado con el carpintero y me estaba esperando. Pero después de dos meses de hacerlo, estando yo con un humor espantoso, mi padre me preguntó si me gustaría estudiar hebreo, latín o griego. Yo le dije que latín porque creía que era más sencillo. Me equivoqué.

La influencia del padre de don Pablo en la formación de su hijo fue notable. Enviado a Alemania para estudiar química con el objetivo de convertir la hacienda familiar en un complejo agroindustrial, regresó a México siendo filólogo y socialista. “Yo iba a las reuniones que tenía él con dirigentes del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) los domingos”.

Supe por él —escribió— mirar, pensar y querer a los indios de México, muchos de los cuales tenían nombre y apellido, influencias en su infancia y en la mía, y a los que debíamos literalmente la vida por haber sido un indio zapatista quien salvó a mi padre de ser fusilado al identificarlo con quien realmente era, y con una familia —según declaró— amiga de los zapatistas de entonces.

ESCRIBIR ES VOLVER A ESCRIBIR

—Óigame, don Alfonso —le dijo González Casanova a su maestro Alfonso Reyes—, ya llevo escrito ocho veces el texto de un libro que estoy haciendo. Yo creo que soy un idiota.

—Mira, Pablito —le respondió cariñosamente a su alumno—, no te preocupes. Tolstoi escribió once veces *La guerra y la paz*. Por supuesto, eso no quiere decir que no seas un idiota.

Alfonso Reyes, el escritor, poeta y diplomático a quien Jorge Luis Borges consideraba el mejor prosista de habla hispana de todos los tiempos, no sólo le dio clases a González Casanova sino que le “hizo el favor de ser su amigo”. Cada 15 días lo invitaba a comer a su casa. “Yo —cuenta don Pablo— procuraba ir los días en que había una botella de vino sin abrir porque si no sacaba la botella ya abierta y el vino no sabía muy bien...”.

Después de obtener una beca, González Casanova estudió con un conjunto de profesores —muchos de ellos antiguos republicanos españoles— en El Colegio de México. Fue allí donde conoció a Alfonso Reyes. Antes había asistido a los primeros años de la carrera de Derecho en la UNAM. Esos maestros le enseñaron lo que se llamaba *ciencias históricas*. En ellas dominaba el historicismo, que, según el ex rector, tenía como defecto el pensar que cada sociedad era un caso que no se podía generalizar, y como virtud buscar el conocimiento de esa sociedad en sus aspectos económicos, sociales, culturales y políticos.

Este planteamiento lo encontró también en Francia con Fernand Braudel, el historiador francés que revolucionó la historiografía del siglo XX. Con él lo asignaron para hacer su tesis doctoral. “Él tenía esta visión historicista pero con planteamientos mucho más próximos a los que a mí me interesaban, los planteamientos que hace Carlos Marx en la *Crítica de la economía política* y los estudios de filosofía”, dice don Pablo.

En la Sorbona, donde obtuvo un doctorado, estudió también el problema de la dialéctica con Jean Hyppolite, uno de los grandes filósofos franceses especialistas en la obra de Hegel. Al mismo tiempo tomó clases con Georges Gurvitch, uno de los mejores sociólogos de la época, obsesionado por lo que él llamaba *la totalidad*.

Esta formación le ha llevado a establecer vínculos, que en ocasiones parecen ser de tipo ecléctico, pero que él no los considera

así. Gracias a ella logró, en medio de las entradas y salidas a las distintas filosofías, mantener un camino de reflexión y de acción.

Merced a esta educación es que el autor de *La democracia en México* puede establecer vínculos asociativos entre distintos campos del conocimiento. Asegura tener muy mala memoria, aunque su antigua secretaria le dice que tiene buena memoria cuando le da la gana y para todo lo demás tiene mala memoria.

Probablemente tiene algo de razón —asiente—. Me cuesta trabajo acordarme del nombre de las gentes. Pero mi memoria asociativa es fuerte. Esa es la que me permite establecer vínculos y, además, corresponde a mi formación de hace mucho tiempo.

El momento en el que más cosas se le ocurren a don Pablo es cuando se está rasurando. Es en la mañana cuando empieza a establecer asociaciones que le parecen atractivas para seguir pensando en ellas. Corresponde a procesos de información que vienen de distintas fuentes y que de pronto se juntan.

Como Tolstoi, el autor de *Sociología de la explotación* escribe muchas veces lo mismo. El último libro que elaboró, *Las nuevas ciencias y las humanidades: de la academia a la política*, tenía, en su última versión, cuatro tomos de 350 páginas cada uno. Al terminar el último tomo se dio cuenta de que sabía lo que ignoraba al escribir el primero. Entonces lo volvió a escribir nuevamente de principio a fin. Y lo condensó mucho.

COLONIALISMO Y EXPLOTACIÓN

Don Pablo reconoce a la teoría de la dependencia el mérito de sacar a la sociología latinoamericana de sus posiciones puramente nacionalistas y replantear los problemas en el marco de un sistema capitalista mundial. En América Latina sus integrantes hicieron aportaciones muy significativas, como la de los marginados y los participantes, que fueron execradas por el marxismo oficial dogmático de la época.

Sin embargo, nunca estuvo adscrito a esta escuela. Tenía ciertas reservas porque, desde su perspectiva, tendía a cosificar la dependencia, y sus planteamientos sobre la salida eran sumamente ambiguos, al grado de poder desembocar en posiciones completamente conservadoras y autoritarias.

Como parte de una generación de sociólogos latinoamericanos que estudiaban la dependencia a fines de la década de los cincuenta, tanto por su formación académica parisina como por su papel en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), fue uno de los pioneros en el uso del concepto de *explotación colonial* en el análisis de la sociedad mexicana. Según el investigador, el colonialismo estimulaba la formación de sociedades “duales”, compuestas de sectores modernos y tradicionales. Buscó combinar el análisis de la explotación geográfica y la explotación sustentada en clases.

En *Sociología de la explotación* abordó este asunto, “utilizando las matemáticas —la diosa de las ciencias— como un método de razonar, como lo hizo Marx en *El Capital*”. Aplicó la teoría de conjuntos —que ya había comenzado a estudiar desde entonces— y la matemática de sistemas autorregulados. El libro tenía un objetivo retórico: persuadir a los que no creen que la explotación es un concepto científico, de que sí lo es.

El texto aclara, entre otros retos teóricos, el de

los problemas de lo que se llamaba el intercambio desigual y los problemas de dos tipos de explotación: una exterior al trabajo asalariado o al trabajo como mercancía, y su relación con las transferencias de valor de la “periferia” hacia el “centro”.

Para elaborarlo, el sociólogo se apoyó en sus amigos matemáticos y en los integrantes de su familia conocedores de esta ciencia. Sin embargo, reconoce, “se me pasó la mano en poner un cuadro con todas esas fórmulas al principio del libro. Al ver que no servía para ayudar sino para asustar, en la nueva edición ya lo quité”.

El movimiento socialista en México padeció, entre 1940 y 1968, tres enfermedades básicas: desencuentro con los sectores populares, falta de independencia del nacionalismo revolucionario e incapacidad para explicar la realidad nacional.

La penetración del pensamiento socialista en sindicatos obreros y organizaciones campesinas fue durante décadas —con excepción del periodo cardenista— un hecho marginal y superficial, y estuvo usualmente deformado por el enorme peso que en su cuerpo teórico y su práctica política tuvo la ideología de la Revolución Mexicana.

Como señaló José Aricó, ello fue producto no sólo de la mala aplicación del pensamiento de Carlos Marx, sino de la incapacidad del mismo filósofo para comprender y explicar la realidad de América Latina. El marxismo de la Tercera Internacional reprodujo, en parte, esta incompreensión. Este desencuentro fue resultado también de la dificultad de los socialistas de insertarse creativa y autónomamente en una sociedad y un Estado surgidos de una revolución popular.

La izquierda socialista mexicana, realmente existente hasta 1968, fue, en lo esencial, un conglomerado de fuerzas grupusculares, aislada de amplios sectores de la población, incapaz de organizar la lucha por la independencia sindical en gremios como el ferrocarrilero o el magisterio, sujeta a los vaivenes de la política estatal, derrotada políticamente, y, salvo excepciones notables, con grandes limitaciones teóricas.

A pesar de esta pobreza organizativa y conceptual, un sector de la intelectualidad inspirada en una versión no dogmática del pensamiento marxista produjo una formidable interpretación de la realidad nacional. Antes del estallido del conflicto de 1968, la producción teórica de Pablo González Casanova era ya un oasis en el desierto. No era el único intelectual de izquierda que había analizado la sociedad y la política mexicana con profundidad, pero sí era uno de los pocos que lo habían hecho con imaginación, sabiduría y heterodoxia. Como director de la Escuela de Ciencias

Políticas y Sociales de la UNAM, auspició que grandes intelectuales marxistas internacionales impartieran conferencias magistrales, una práctica que mantuvo viva su amigo Víctor Flores Olea.

Funcionario universitario, miembro de una estirpe de académicos que respeta y cuida celosamente la autonomía de la institución, vivió una crisis muy fuerte durante el movimiento de 1968. “Yo estuve todo el tiempo con el movimiento”, cuenta:

Participé en varias manifestaciones. Yo estaba en aquélla en la que nos sentamos en el suelo en el Zócalo. Estaba con Ricardo Pozas padre y con su esposa. Apoyé a los estudiantes. Mi hijo participaba en el movimiento.

Preocupado por la represión y por el futuro de la universidad, buscó infructuosamente, al lado de otros universitarios, una salida negociada al conflicto. Más adelante gestionó la liberación de alumnos y maestros encarcelados durante el movimiento.

Convertido hoy en una referencia intelectual de izquierda, González Casanova ve en ese movimiento un momento clave —pero no exclusivo— para explicar el porqué del reconocimiento que años después ha adquirido entre la nueva izquierda.

Son las coincidencias de un profesor —dice— de un investigador, con el pensamiento que las nuevas generaciones levantaron. Para mí, en el 53 nació la nueva izquierda. Nació en Cuba. Tuvo su primera versión en el 68 a escala mundial. Pero con antecedentes en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, México. Hay que destacar el nacimiento de ese tipo de pensamiento. Allí hubo un enchufe, una afinidad muy grande con lo que yo estaba planteando. Me enriqueció mucho uno y otro movimiento y, en realidad, la obra que realicé después no se puede explicar sin esos movimientos. Creo que a eso se debe el que tenga yo interlocutores, que son con quienes hablo.

RECTOR

Don Pablo fue rector de la UNAM de 1970 a 1972. Durante este periodo profundizó en la reforma académica de la Universidad, auspició la creación de los Colegios de Ciencias y Humanidades (CCH) y fundó el Sistema de Universidad Abierta.

González Casanova no pensaba en ser rector. Su candidato para suceder al ingeniero Javier Barros Sierra era el químico Manuel Madrazo. “Nunca luché por ser director de nada, salvo del Instituto de Investigaciones Sociales, dice. Ahí sí tenía yo muchas ganas. Una de mis fuerzas, que parecen virtudes, para resistir la carrera política, fue que me gustaba mucho investigar”.

Sin embargo, su suerte sería otra.

La Junta de Gobierno me nombró para suceder al magnífico rector Javier Barros Sierra. A altas horas de la noche algunos miembros de la junta me fueron a visitar para darme la noticia. Estaba muy sorprendido porque yo estaba con Madrazo. Al día siguiente él fue a felicitarme. Yo le dije: quiero que seas secretario general.

Una de sus obras principales al frente de la institución fue la creación de los CCH. Su idea se remontaba a 1953. En ese año publicó en el *Boletín Nacional de las Universidades* un proyecto para reformar el bachillerato realizado a invitación de Nabor Carrillo, que en su momento no tuvo suerte. Pero eso cambió con su llegada a la rectoría.

Me dije: ahora sí, ahora sí lo hago. Yo ya estaba trabajando en problemas interdisciplinarios y ligué el proyecto a todos los niveles de la Universidad. Estaba interesado en la cibernética y el análisis de sistemas, antecedentes de las nuevas ciencias que articulan a todas las disciplinas y crean espacios de confluencia cada vez más significativos.

Influyeron en su diseño tanto las lecturas de Norbert Wiener y de Paulo Freire, como su aprendizaje en el Colegio de México.

Durante la primera etapa los antiguos líderes del movimiento del 68 comenzaron a dar clases. “Empezó —señala— a tener la función que quería: enseñarles a todos a pensar y a aprender. No tuvimos mucho tiempo para formar a los profesores”.

Pero aquéllos eran años de mucha confusión, y las fuerzas contrarias a la democratización la fomentaban. Las descalificaciones dentro del movimiento estudiantil estaban a la orden del día. Bastaba con acusar a alguien de no ser suficientemente revolucionario para que su reputación se pusiera en entredicho. Era común colocar por todos lados a agentes provocadores encubiertos.

Yo descubrí un sistema para saber cuál era maoísta y cuál era agente —confiesa el ex rector—. Estaba yo con los muchachos en la rectoría hablando sobre qué era la universidad y sobre si la defendíamos o no la defendíamos. Y cuando tenía dudas sobre quién era agente, le decía: mire qué interesante lo que usted nos está platicando ¿no quiere abundar en ello? Si era agente se quedaba pálido y respondía: no, no tengo nada más que decir. Pero si era maoísta lo terminaban parando los muchachos.

Entre confusión y confusión, sobrevino la toma de la rectoría. Con el pretexto de propiciar el ingreso de los normalistas a la Facultad de Derecho, un pequeño grupo dirigido por Castro Bustos y Falcón arrojaron al rector de sus oficinas y tomaron la rectoría. Y cuando el problema parecía estar en vías de solución, irrumpió un fuerte conflicto por la sindicalización de los trabajadores y maestros universitarios.

Fue un caso muy duro —dice el ex rector—, sobre todo para las gentes que nos pensábamos de izquierda, como yo. Había que respetar los derechos de los trabajadores, pero, por otro lado, estaba la unidad de la institución. La mayor parte de los integrantes del Consejo Universitario no eran favorables a la idea de permitir la sindicalización. Hicimos varios proyectos. Hasta que me dijeron que, o les daba la cláusula de exclusión a Evaristo Pérez Arreola y compañía o no aceptaban. Defendí la línea que el Partido Comu-

nista Mexicano defendió toda la vida hasta entonces: no permitir la cláusula de exclusión que faculta a los dirigentes sindicales a despedir a los trabajadores que no le son leales. Sin embargo, Valentín Campa me acusó de estar contra la clase obrera y a favor de la burguesía. Más adelante supe que en la discusión interna del Partido Comunista había ganado Evaristo.

Enfrentado con el gobierno federal y en medio de graves conflictos internos, González Casanova presentó su renuncia al cargo. Durante todo el tiempo que duró la huelga ordenó que les pagaran a los trabajadores.

EL ENCUENTRO CON EL ZAPATISMO

Al comenzar enero de 1994, don Pablo se encontraba en Cuba de vacaciones. Había ido allí a “escondidas” de sus amigos cubanos. Al salir de nadar, su mujer le gritó: “Ven, que está saliendo México en la televisión”. En la pantalla podía verse a los zapatistas que, encapuchados, tomaron San Cristóbal. A los dos días estaba de regreso en México.

Poco tiempo después de su llegada lo buscó el obispo Samuel Ruiz para proponerle formar parte de la Comisión para la Paz. Aceptó.

Su relación con el mundo religioso católico progresista databa de muchos años atrás. Su libro *Sociología de la explotación* está dedicado a Camilo Torres y a C. Wright Mills. A Camilo lo conoció en la Universidad de Buenos Aires en una conferencia organizada por la Federación Estudiantil. Cuando el sacerdote llegó con su traje talar, pensó que iba a ser un reaccionario. Pero cuando lo escuchó hablar se preguntó: ¿ahora qué digo yo? Se hicieron muy amigos.

Se trataba, también, de una relación intelectual y política. Su ensayo sobre el *misonéismo* y la modernidad cristiana en el siglo XVIII lo llevó a estudiar en profundidad el mundo religioso. “Lograr que la Iglesia no pueda ejercer su imperio sobre las ideas

políticas de los católicos —asegura— es de una significación que no podemos imaginar”.

Don Pablo cultivó, también, una estrecha amistad con Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca, y una figura central en la expansión de la Teología de la Liberación en México. “Me di cuenta de que estaba haciendo algo muy importante”, dice González Casanova del prelado. Esta relación fue clave en la invitación que Samuel Ruiz le giró para involucrarse en el proceso de paz en Chiapas.

A partir de ese momento comenzó a ir a San Cristóbal y a participar en reuniones donde también se encontraban zapatistas. En los encuentros se identificó con el pensamiento rebelde. Con los días, esa empatía fue creciendo.

Un momento clave en la profundización de este encuentro fue su asistencia a la Convención Nacional Democrática (CND) a mediados de 1994.

Asistí al Aguascalientes —cuenta don Pablo—, me pidieron que hablara muy de manera inesperada. Afortunadamente el cielo o Júpiter me escucharon y cayó una tormenta que pospuso mi discurso para el día siguiente. Después Carlos Payán me invitó a ir a una casa donde estaban los compañeros. Allí pude sentarme a pensar qué era lo que iba a decir. Al día siguiente pronuncié el discurso más emotivo que he dado en mi vida. Estaba yo como en una especie de nacimiento, de esos que hacemos en México. A partir de ese momento me siento muy identificado con ellos.

Así lo captó Elena Poniatowska en su crónica sobre la CND:

Jamás había visto a Pablo González Casanova más entusiasmado. Por lo general es *poker face*, escucha con resignada filosofía planteamientos y diatribas, pero ahora no cabía en sí de la admiración. Nunca un discurso le produjo tanto impacto, nunca un desfile lo bahía conmovido tanto, nunca las porras habían sido más exactas...²

² *La Jornada*, 16 de agosto de 1994.

Desde entonces nació una estrecha relación que ha sobrevivido a todo tipo de tormentas. Para don Pablo, el movimiento indígena del EZLN

[...] se ubica a la cabeza de las resistencias y las luchas en Latinoamérica, y es uno de los más avanzados en el mundo. Los rebeldes —asegura— están ejerciendo su derecho a la autonomía y a la autodeterminación a partir de la construcción de identidades culturales, políticas y jurídicas que adquieren rostro en las llamadas Juntas de Buen Gobierno o Caracoles en el estado de Chiapas.

Con todo y los riesgos que existen para hacer valer sus formas y modos de vida, “los pueblos originarios en rebeldía van sentando las bases de un proyecto de magnitud histórica” que irradia al resto del continente.

Los zapatistas —afirma— han redefinido también el concepto de *dignidad* como un valor del humanismo universal.

Aparece en un nivel importante la defensa de la dignidad, un valor como muchos otros que surgió en varias partes del mundo, pero que es redefinido por el movimiento zapatista y adquiere una dimensión muy fuerte al vincular la dignidad de hombres y mujeres que han sido discriminados, empobrecidos y explotados.

A diferencia de otros intelectuales que se han venido desmarcando del zapatismo cuando éste ha perdido su *glamour*, don Pablo ha seguido fiel a su causa, lo que no le ha impedido señalarle sus limitaciones.

En un momento particularmente difícil de *la otra campaña*, cuando otros compañeros de ruta desembarcaron para subirse a la nave de López Obrador, González Casanova valoró positivamente la experiencia. “Es muy importante que se haya definido como *anticapitalista*”. Según él, los rebeldes escogieron el término, a diferencia del de *socialismo*, porque

[...] une a un número mucho mayor de pueblos, de gente, de culturas, que la palabra *socialismo*. Une a aquellos que son herederos de los llamados *diggers*, que eran los radicales de la democracia inglesa en el siglo XVII. El término *anticapitalismo* une a todos los herederos de los radicales que lucharon por la democracia en Francia con los miserables, de los que hablaría, en su momento, Víctor Hugo, y une las luchas por el socialismo, pero no hace de una de ellas un objetivo privilegiado.

La lucha anticapitalista —de acuerdo con el profesor— comprende la lucha por la liberación de las naciones frente a la opresión del imperialismo; la lucha por la democracia, como una lucha fundamental en la toma de decisiones, en la cultura, la sociedad, política y economía, y la propia construcción del socialismo.

EN LA TIERRA DEL CAIMÁN

Profundamente influido por la Revolución Cubana desde su irrupción, con un fuerte vínculo afectivo y político con ella, don Pablo afirma en uno de sus más recientes ensayos, “Cuba: la revolución de la esperanza”: “Me atrevo a hablar de Cuba, porque estoy convencido de que su Revolución inició una nueva jornada en la historia universal de las revoluciones”.

El investigador universitario asegura que esa transformación política y revolucionaria tuvo características originales. “Los rusos y el marxismo oficial —afirma— quisieron convertirla en una revolución leninista. Pero eso es absolutamente falso”.

Para él, José Martí, como dicen los cubanos, fue “el autor intelectual” que inspiró la gesta histórica. Los jóvenes que iniciaron el Movimiento 26 de Julio, lo tuvieron siempre como un punto de referencia fundamental. En el propio Partido Comunista Cubano hubo gente como Julio Antonio Mella, que mostró un gran respeto hacia Martí. En Cuba se estableció un vínculo entre las luchas por la independencia y la lucha de clases, muy claramente percibido por Martí desde el siglo XIX. “Yo escribí —dice— un artículo una vez sobre los primeros marxistas de América Latina

en el que pongo entre ellos a Martí. Lo pongo por la necesaria relación que hay en nuestros países entre la lucha por la independencia y la lucha de *los condenados de la tierra*".

En un diálogo con el zapatismo, el intelectual afirmó que Cuba es el país más democrático del mundo:

No se trata de una afirmación exagerada, porque no estamos diciendo que sea la mejor democracia posible, sino la mejor cuando se mira cualquier otro país del mundo. En medio de las limitaciones y contradicciones inevitables de cualquier lucha por la democracia como participación, organización y representación del pueblo en la toma de decisiones del gobierno y del Estado, Cuba destaca de manera indiscutible. En la práctica del gobierno del pueblo, en la práctica del gobierno para el pueblo y en la práctica del gobierno con el pueblo, nadie sobrepasa a Cuba. Ustedes definirán qué significa el anticapitalismo; yo me limito aquí a decirles que Cuba significa el esfuerzo más avanzado del ser humano en la lucha por la liberación, la democracia y el socialismo.

—Don Pablo, ¿qué es para usted Cuba? ¿Qué tan difícil es apoyar su revolución hoy? —le pregunté.

—Nunca he dejado de apoyar a Cuba —me respondió—. Es un referente para todo. Es la revolución que más contribuciones ha hecho por la democracia, por la liberación y por el socialismo. Que tiene contradicciones, claro que las tiene. La construcción de la transición no puede serla sin contradicciones. El asunto es el manejo de esas contradicciones. Con las presiones que han sufrido, era como para que se hubiera instalado un régimen muy violento. Lograron superar la influencia del socialismo oficial de la Unión Soviética y salir adelante en una posición difícil.

Los revolucionarios cubanos han correspondido a González Casanova con gratitud. Pocos intelectuales contemporáneos han sido objeto de los reconocimientos que en la Isla se le han dado.

EL PENSAMIENTO CRÍTICO Y LO NUEVO

La importancia del pensamiento crítico —sostiene don Pablo— fue inmensa en la Guerra Fría y durante la crisis del estalinismo y del populismo. Hoy, sin embargo, sigue siendo fundamental, pero se necesita vincular y explicar más estrechamente el pensamiento alternativo. De entrada, tiene que enfrentar las ideologías neoliberales y neoconservadoras.

Según el investigador,

[...] el pensamiento crítico necesita atender y entender todo lo que parezca un movimiento alternativo, todo lo que se manifieste como lucha contra el neoliberalismo, contra la desnacionalización, contra la privatización, contra la democracia electoral mutilada por la *modernidad salvaje*. El pensamiento crítico necesita plantear el problema de la alternativa con mucha más profundidad que en 1968.

Ahora —dice— ya no existen los referentes de la Guerra Fría, de “centro”, “izquierda”, “derecha”. El referente hoy ya no son el socialismo, el comunismo, la Tricontinental o el marxismo como pensamientos de Estado o de partido. No debe pensarse ya como la Revolución Mexicana, como la Rusa, o como la Cubana o como la China. Tampoco como la “nueva izquierda” ni como se intuían las nuevas ideas de hace 30 años, las ideas germinales del 68 en que se iniciaba una nueva etapa de la historia mundial.

Es verdad —afirma— que todo lo nuevo tiene mucho de lo viejo y de lo clásico; pero si se quiere conocer y si se quiere participar en el nuevo gran movimiento que hoy se desata, se tiene que ver con lupa qué hay de realmente nuevo en la alternativa histórica naciente. Yo creo que lo nuevo, lo nuevo no es ser moderado, de izquierda o ultra. Yo creo que lo nuevo es la coherencia.

En el mundo actual la lucha por la explicación de lo que ocurre es más importante que antes de la crisis de las ideologías. Porque la ideología dominante se esconde hoy disfrazada de “ciencia”.

Según el investigador emérito de la UNAM, ya quedó atrás la etapa del “neoliberalismo a secas”. Vivimos ahora en la era del

“neoliberalismo de guerra general”. Para él, en la globalización que hoy domina, el principal ganador es el gran capital corporativo, y los herederos de los viejos imperios coloniales. Vivimos una situación en la que nunca habían extraído tanto excedente de los países de la periferia mundial como en los últimos 20 o 30 años.

LOS COMUNISTAS MEXICANOS

A comienzos de la década de los ochenta, Arnoldo Martínez Verdugo, máximo dirigente de los comunistas mexicanos, desayunó con Pablo González Casanova. A nombre del Comité Central le ofreció ser candidato a la Presidencia de la República. Era, sin decirlo, una autocrítica tardía.

Don Pablo no aceptó. Su relación con los comunistas mexicanos había sido larga y difícil. Ellos lo veían como un demócrata, no como un revolucionario. Más tarde, uno de sus principales ideólogos lo tildó de “marxista tropical tardío”.

Era una historia común llena de equívocos, de confusiones. Había una crisis muy grande en México y en todo el llamado *campo socialista*. Y los comunistas mexicanos respondieron a ella echando por la borda su cultura política, su tradición y su proyecto.

—Ahora que estamos haciendo lo que tú nos dijiste, nos dices que eso está mal —le reprochó en una ocasión un amigo suyo.

—Perdóname —le reviró—, yo no estaba hablando de que ustedes renunciaran a los proyectos socialistas.

Los comunistas mexicanos comenzaron a volverse demócratas, pero con la definición de la democracia de cuereado —asegura el intelectual—. Tuve que precisarle a mi amigo que nunca dije eso. Siempre había sostenido la necesidad de combinar el socialismo con la democracia. Incluso, consideré la democracia como la primera lucha, pero no como la única. Pensaba que podíamos comenzar por ella —y tal vez era lo mejor, porque en un país como éste sin democracia era muy difícil— o por los pueblos indios. Pero no podemos olvidar, y no como una muestra de eclecticismo, que para la solución

de todos los problemas —sean del socialismo o de la democracia— tiene que eliminarse la explotación, vinculada a la opresión.

Ellos comenzaron a cambiar de una manera posmoderna y a dejar de usar una serie de palabras que tienen una tradición. Para pensar y para actuar es muy importante el concepto de *imperialismo*. No se trata de renunciar a lo nuevo. No debemos tener miedo a renovar el lenguaje de acuerdo con los nuevos fenómenos. Pero hay palabras que son muy útiles y ellos renunciaron a ellas.

EL NEGOCIO DE RENEGAR DE LA HISTORIA

Don Pablo es doctor *honoris causa* por las Universidades Autónoma del Estado de México (1987), Autónoma de Puebla (1996) y Complutense de Madrid (2001). Recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Filosofía, Ciencias Sociales e Historia del Gobierno mexicano, el premio José Martí por la UNESCO (2003) y la Orden José Martí en Primer Grado, máxima condecoración del Gobierno de Cuba (2004).

Pero más allá de todos estos honores académicos y de muchos otros más, ha sido reconocido como un hombre congruente con sus convicciones.

—Don Pablo —le pregunto—, ¿qué pensamiento le provoca que muchos de sus críticos de izquierda de ayer estén hoy en la derecha?

—Es un dolor que todos los viejos tenemos: se nos mueren muchos amigos —me responde, mientras sus ojos se entristecen—. He tenido dos tipos de amigos que se mueren. Unos se mueren físicamente y otros moralmente. Es algo muy triste. Puede ser la misma persona, con la misma cara, la misma nariz, los mismos ojos, pero ya no existe como fue. Afortunadamente en el camino he encontrado nuevos amigos.

De Pablo González Casanova nadie podrá decir que morirá moralmente.